

La persona humana y la vida

LUIS E. NIETO ARTETA

Universidad de Colombia, Bogotá

El tardío descubrimiento de la esfera autónoma de la vida suscita inmediatamente, como era de esperar, unas determinadas posiciones teóricas que elevan a la existencia al rango óptico de presunta realidad fundamental. Se afirmará que la vida es el "hecho fundamental" o que es la "realidad fundamental". Aseveraciones que se pueden leer en Dilthey o en Ortega y Gasset. Pero la vida ofrece, como cualquiera otra realidad, el rasgo común de todo lo que existe: un cierto modo de ser, unas peculiares conexiones objetivas. Esa es la única realidad evidentemente fundamental: los modos de ser y las relaciones que se dan en las respectivas esferas ontológicas.

La vida también encierra su propio modo de ser. Es la unidad y división de los contrarios. No es ópticamente posible descubrir en ella un modo de ser análogo al de las otras realidades, al de las restantes esferas de la realidad. Hay en la vida tensiones, desgarramientos, coincidencias de contrarios. No hay solamente unidad. Hay también lucha y oposición. Esas contradicciones hacen de la filosofía de la vida una dialéctica de la vida. Al descubrir que la unidad y división de contrarios es el contenido de la existencia, se hace inevitable abandonar algunas de las actitudes teóricas ante ella adoptadas. Todas esas posiciones surgen en virtud de una unilateral afirmación de ciertas características de la vida. Se prescinde de las antinomias que se dan en la existencia, se desconocen los contrarios que en ella luchan. Se dan en la vida diversas realizaciones de la unidad y división de los contrarios. No se puede transformar a una de ellas en la fundamental o básica. Hay, sí, una interna vinculación, una conexión entre cada una de tales oposiciones. Veamos. Hay en la existencia una contradicción de la libertad y la necesidad. La vida no es pura libertad o excluyente necesidad. Tradicionalmente se ha hecho de la existencia

o libertad o necesidad, una necesidad de índole causal dentro de la conocida errónea naturalización del hombre. La vida tenía que ser unilateral libertad o triunfante necesidad. No se aceptaba la contradicción, la lucha entre la libertad y la necesidad. Es una unidad y división de contrarios fácilmente mostrable. Basta aludir a un ejemplo que todos nosotros hemos vivido. Cuando fuimos invitados a concurrir a este Congreso teníamos que decidir si asistíamos o nos absteníamos de concurrir. El decidir, era la libertad, pero el “tener que” decidir una cosa o la otra, era la necesidad. He ahí la coincidencia de la libertad y la necesidad. La vida no es solamente libertad. Es también necesidad, mas no una necesidad de naturaleza causal, que si lo fuera no habría libertad —el determinismo consecuente creyó en una necesidad de rango material. En el “tener que” decidir se expresa la necesidad. Así se realizan simultáneamente en el hombre la libertad y la necesidad. El “tener que”, no es la tiranía de la materia —determinismo materialista equivocado. Es la necesidad peculiar que se da en el hombre y que no elimina la libertad. La angustia vital queda así objetivamente condicionada y comprendida. La irreparabilidad de lo decidido, unido a la necesidad de tener que decidir, suministran una comprensión de la angustia. Lo que se decida es irreparable porque el tiempo es irreversible.

Los ejemplos, los casos para mostrar la unidad y división de la libertad y la necesidad son múltiples. Ello no debe sorprendernos. La vida se va realizando al través de esas situaciones existenciales dilemáticas. Constantemente la coincidencia de la libertad y la necesidad se hace presente. El hombre y la mujer o contraen matrimonio o permanecen solteros, el estadista nombrado para un alto empleo o lo acepta o lo rechaza, el comprador de una casa o paga el precio o se niega a pagarlo, el autor de una obra o resuelve publicarla o la entrega a la “crítica roedora de los ratones”, etc. La multiplicidad es indefinida. O lo uno o lo otro, pero inexorablemente algo, alguna decisión. Siempre las mismas circunstancias ofrecen dos posibilidades. Ante ellas hay que —el “tener que”— adoptar la correspondiente decisión. Así, cuando se va realizando la vida, también se hace presente, se realiza la coexistencia de la libertad y la necesidad.

Hay también en la vida una unidad y división de la racionalidad y la irracionalidad. Para una tradición muy conocida, la existencia es racionalidad o irracionalidad. El racionalismo elimina toda inclinación

irracional en el hombre, toda tendencia no objetivista. La negación de la racionalidad transforma al hombre en un ente que sólo obedece a hondos impulsos animales. Razón o voluntad. Entender o querer. Para Dilthey la vida es irracionalidad. Para Ortega la existencia es racionalidad —la “razón vital” es siempre razón—. Pura metafísica. La vida no es ni lo uno ni lo otro. Es ambas cosas. Es una coincidencia de la racionalidad y la irracionalidad. Descubrimos una nueva contradicción. No se puede racionalizar la vida, pero tampoco se la puede transformar en pura irracionalidad. La necesidad —el “tener que”— está vinculada con la irracionalidad, así como la libertad está conectada con la racionalidad. Se decide racionalmente aun cuando los motivos de la acción realizada no se adopten racionalmente. ¿Por qué no se pueden adoptar racionalmente? La respuesta es inmediata: porque se tiene que decidir algo forzosamente. En la urgencia vital, en la gravitación de la necesidad sobre la vida, los motivos de la decisión no se adoptan racionalmente. Así se relacionan la unidad y división de la libertad y la necesidad y la unidad y división de la racionalidad y la irracionalidad. Hay en la vida contradicciones y contrastes que se unen dentro de una interna vinculación.

La existencia es una lucha de la objetividad y la subjetividad. He ahí una nueva unidad y división de contrarios. La racionalidad es la objetividad y la irracionalidad es la subjetividad. Se podría incurrir en algunas afirmaciones erróneas. Una de ellas sería la identificación de la objetividad con la esencia de la existencia y la de la subjetividad con la contingencia, con lo accidental de la vida. Pero ambas, la objetividad y la subjetividad, son la esencia de la existencia. Se podría confundir la subjetividad con lo modificable de la vida y la objetividad con lo invariable. Mas tanto la subjetividad como la objetividad son lo históricamente variable, sin olvidar que la existencia, como se intentará mostrar, disfruta de cierta inhistoricidad. Hay en la vida una realización subjetiva de la objetividad. Así coinciden en la existencia la subjetividad y la objetividad. La aceptación de esta otra unidad y división de contrarios aclara, al proyectarse en la gnoseología, las variaciones históricas de la verdad. Ni una intemporal y absoluta verdad, ni una pura, alógica y ateorética subjetividad. La verdad que se ha realizado en la historia de la cultura es una coincidencia de la verdad absoluta y la verdad relativa. Aquella responde a la objetividad y a la racionalidad y la verdad relativa obe-

dece a la subjetividad y a la irracionalidad. Esa imposibilidad de eliminar los supuestos en la filosofía, imposibilidad que ha sido advertida por Dilthey y Simmel, es una expresión justa y adecuada de la subjetividad. El supuesto es la aserción de lo subjetivo, de lo irracional. El hombre es ángel y bestia. Objetividad y subjetividad. La antinomia. Lo inefable.

Siempre la contradicción: la vida es también una antinomia de la materia y del espíritu. La materia es la condición de la subjetividad, la cual no debe confundirse, como ya se observó, con lo contingente y variable de cada vida. El espíritu es la objetividad. Se aceptan, al respecto, las concepciones schelerianas, pero se repudia la oposición que el filósofo alemán establece entre la vida y el espíritu. No hay una lucha externa entre la vida y el espíritu. La existencia es una interna oposición entre la materia y el espíritu. Scheler sostiene además que el hombre puede decirle "no" a la vida, que puede ser un asceta de la vida. Mas el hombre no se puede oponer a la vida, no puede reprimir sus propios impulsos. La vida se realiza en el hombre. Por tanto, todas las antinomias que integran la vida se dan plenamente en el hombre. Entre ellas, la lucha de la objetividad y la subjetividad —los "impulsos", como la denomina Scheler. No se puede oponer la vida al hombre. Este se realiza cuando realiza su vida propia, vida cuyo modo de ser es idéntico al de todas las otras existencias. Sería, tal vez, un error descalificar la subjetividad, llamándola despectivamente "impulsos", "instintos". Todas aquellas contradicciones se dan en el hombre. Ninguna queda excluida.

Desde luego, es una expresión verbalmente inadecuada oponer la objetividad a la subjetividad. Si la objetividad de una realidad es el contenido óntico de la misma, debería declararse que la objetividad de la vida es una unidad y división de la subjetividad y la objetividad. En otras palabras, el vocablo "objetividad" es anfibológico. Lo objetivo es lo esencial. En la existencia la objetividad estaría representada por todas las antinomias ya analizadas y por algunas otras. La palabra "objetividad" tiene un doble significado que la hace confusa y oscura en este caso.

Hay en la vida otra coincidencia de contrarios: la de la immanencia y la trascendencia. Es un contenido que ella comparte con cualquiera otra realidad. Pero en la existencia esa antinomia es la de la historicidad y la inhistoricidad, contradicción que tiene y ofrece en

la vida un sentido muy peculiar. Desde Dilthey hay la muy acentuada inclinación a una afirmación unilateral de la historicidad. Si se hiciera de la vida una realidad puramente histórica, trascendente, cabe decir, pulverizaríamos la existencia porque la transformaríamos en un fluir incesante, amorfo, en un caótico reverberar de contenidos distintos. Contrariamente, si la vida es concebida como una realidad esencial y exclusivamente inhistórica, sería algo inmodificable, algo metafísicamente invariable. La existencia es una simultaneidad de lo histórico y lo inhistórico. El modo de ser de la existencia, las antinomias que en ella se dan son la inhistoricidad. Aquel modo y estas contradicciones son el contenido óntico de la vida y lo óntico es lo inmodificable, inhistórico. Pero tanto el modo de ser como las antinomias de la vida tienen y adquieren diversas realizaciones al través de la historia. Se dan distintamente en las varias épocas históricas. El hombre tiene, así, una dimensión histórica, pero ella no elimina la invariabilidad. Tenaz y sistemáticamente la aprehensión de la vida ha fluctuado entre la afirmación de la inhistoricidad y la transformación de la existencia en una realidad indefinidamente variable. Al predominio de la historicidad seguía el de la inhistoricidad y al de ésta el de la historicidad. Las especiales condiciones políticas y culturales de algunas épocas las han inclinado a la inhistoricidad, así como también las de otras las han arrojado al campo de la historicidad.

La coincidencia de lo histórico y lo inhistórico produce la contradicción de lo objetivo intemporal y lo subjetivo histórico. Todo acto humano tiene una significación que quiere valer sin limitaciones temporales. Hay una evasión desde el acto y la decisión a la intemporalidad. Aquél y ésta son lo peculiarmente histórico, pero el sentido que a ellos se une posee una dimensión inhistórica. Por eso, la historia es la esfera de los hechos temporales e individuales que no se repiten y que escapan hacia la intemporalidad dentro de la significación que los fecunda e informa.

La existencia es privación y riqueza. Es otra antinomia. La vida, como se suele afirmar, es realización de posibilidades. Recuérdense las consideraciones de Dilthey, Ortega y sus discípulos. La existencia es un programa, una tarea que cumplir. La vida es un quehacer, como declara reiteradamente Ortega. En ella se realizan posibilidades. He ahí la riqueza. Pero ésta coincide con la privación, porque la realiza-

ción de una posibilidad es la inmediata y obligada exclusión de las restantes. Hay una simultaneidad de la pobreza y la riqueza. La plenitud de la vida —la riqueza— es una plenitud que se da con la carencia de plenitud —la privación, la pobreza—. La unidad y división de los contrarios. La antinomia.

La existencia sufre la tragedia de la finitud. Dilthey lo advierte: “La existencia singular, escribe, es individualidad. Esta limitación provoca dolor y el afán de superarla. Es la tragedia de la finitud, y, al mismo tiempo, el acicate para superarla”. La infinitud tiene, en la vida, un origen dialéctico: la superación de la finitud. La existencia hace de la finitud una infinitud. La vida busca lo absoluto, lo encuentra o lo crea. Lo finito es superado en un proceso dialéctico. La existencia se escapa a lo infinito. Hay en la vida una coincidencia de la finitud y la infinitud. ¡Siempre la creadora y dinámica contradicción!

Esas antinomias están vinculadas a otra, que es de muy peculiar significación: el dualismo del individuo y la persona en el hombre, pero no anticipemos las conclusiones finales de esta ponencia. Las referidas contradicciones indican que la filosofía de la vida ha de ser una dialéctica de la vida. Debemos descubrir y analizar las antinomias que encierra la existencia.

Los diversos tipos de vida que se realizan en la historia se distinguen por una característica determinada, por unos peculiares acentos, pero aquélla y éstos no eliminan el modo de ser y las conexiones objetivas que se dan en la vida. Hay en ésta, al través de la historia, o una mayor objetividad o una tendencia a la subjetividad, o mayor racionalidad o una inclinación peculiar a la irracionalidad, o una amplia dimensión de materialidad o más arraigada espiritualidad. La vida posee una indefinida variabilidad histórica. Lo que en ella se modifica son las conexiones ya enumeradas en forma de contraposición o dilema. Aprehendemos así más hondamente el sentido de la historicidad de la existencia. La gran riqueza y la complejidad de la vida son producidas por esa variabilidad, por los acentos múltiplemente diversos que en ella pueden anidar. Hay en la existencia unas dimensiones que son siempre las mismas, que no ofrecen inclinaciones peculiares, que no se modifican. La unidad y división de la libertad y la necesidad y la inefable antinomia de la riqueza y la privación no varían. En cualquier vida histórica se darán aquella contradicción y

esta antinomia sin ninguna modificación. No hay mayor libertad o menor necesidad, ni más acentuada riqueza o menor privación.

La persona es la libertad. Ya Kant decía que la "personalidad" es "la libertad e independencia del mecanismo de toda la naturaleza". Porque es persona el hombre disfruta de libertad. Esta, ya lo sabemos, es una de las notas de la vida. Siendo ello así debemos declarar con Scheler, que la "persona existe y se vive únicamente como ser realizador de actos". La persona es, en tal virtud, uno de los momentos de la existencia. El individuo es la necesidad. Lo psíquico tiene un acento indestructible de necesidad. Se ha dicho también que en la vida se da una peculiar necesidad, que no es la existencia pura libertad.

Se advirtió antes que la vida se va realizando al través de situaciones existenciales dilemáticas. Hay, igualmente otra paralela realización de la persona dentro de las decisiones que se vayan adoptando. El mundo se crea en medio de esas decisiones. Cada hombre tiene su mundo, lo produce. Tan sólo porque es persona el hombre puede crear su propio e intransferible mundo. "...cada mundo, dice Scheler, es, al mismo tiempo, un mundo concreto sólo y exclusivamente como el mundo de una persona". Este dualismo del yo y el mundo, de la persona y el mundo, nos permite descubrir el paralelismo que media entre las variaciones históricas de la vida y las transformaciones simultáneas de la realidad social. La existencia es el estar en el mundo de que habla Heidegger. Pero es un estar en el mundo que produce la forzosidad óptica de la decisión. Es un estar en el mundo, creándolo. La antinomia: la unidad inescindible del yo y el mundo, una unidad dentro de la creación del mundo por el yo. Recaséns Siches escribe: "La vida es la correlación entre el yo y su mundo".

Siendo la persona la creadora del mundo, cada persona adopta una determinada interpretación del sentido del mundo y de la vida que en él se está realizando. Se da en la persona una cierta y peculiar concepción del mundo y de la vida. La persona es una perspectiva tendida sobre el mundo que ella misma ha creado.

Sin la persona no habría racionalidad en el hombre. Es lo que ya dice la vieja definición acuñada por Boecio. La irracionalidad se inserta en lo propiamente psíquico. El individuo es la irracionalidad. Es sabido que los motivos de la decisión no se adoptan racionalmente.

Hay un recóndito, último y enigmático “porque sí” en toda decisión.

En la vida descubrimos una coincidencia de la objetividad y la subjetividad. El espíritu, como afirma Scheler, es la objetividad. La persona es también la objetividad. Hay en ella una tendencia a limitar la plena realización de los instintos. Estos son el individuo. La subjetividad es el individuo. Psiquismo, subjetividad e individuo son aspectos de una misma realidad.

Se han mostrado en los párrafos anteriores algunas de las relaciones que median entre las antinomias que encierra la vida y la coincidencia del individuo y la persona en el hombre. Ambos, el individuo y la persona, son momentos de la existencia. El hombre no es exclusivamente individuo o persona. Hay en la vida una antinomia de la persona y el individuo. La lucha y el drama son el contenido de la existencia.

Las épocas de la realización histórica de la vida están señaladas o por un mayor acento de objetividad o por una más imperiosa inclinación a la subjetividad. Cuando el hombre sufre una crisis, un desarticulamiento de su mundo de valores y de sentidos, es simultáneamente una víctima de la subjetividad. Contrariamente, si el hombre vive en un sereno disfrute de los valores y del mundo por él creados, estará transido de objetividad. Ya lo había afirmado Goethe, quien decía a Eckermann: “Todas las épocas en trance de retroceso y desintegración son subjetivas; en cambio, las épocas progresivas tienen siempre una tendencia objetiva”. Sin que desaparezca en el hombre la antinomia inextirpable del individuo y la persona, en ciertas circunstancias es más individuo que persona o más persona que individuo. Son los matices que ofrece la vida en su incesante proceso de realización. Cuando se da la primera posibilidad, el hombre es instintivo y pasional, desorbitado, carece de serenidad, es caótico. Si se realiza la segunda, el hombre es sobrio, goza de una vida interior ordenada y sensata, es mesurado y tranquilo, no conoce la desesperación, no piensa en la muerte, ni siente la angustia ante la nada.

Las antinomias de la objetividad y la subjetividad, de la racionalidad y la irracionalidad, de la libertad y la necesidad son el contenido

de la vida, no sin olvidar que, como ha mostrado el profesor Miguel Angel Virasoro, la libertad tiene ya de suyo una estructura dialéctica. Esas contradicciones se expresan en el dualismo superior del individuo y la persona. Esta y aquél son, así, momentos de la existencia.